

IV TALLA OBSERVADOV BOCALFISUNT

# AL MARGEN **ipio**

Por **RAMON VASCONCELOS**

son los servi-  
anos de compa-  
esperemos el re-  
gotas y el em-  
ción fulminante  
agua al menor  
s. Y unos divi-  
parados por em

**"LAS AGUAS DE V  
TAN ENVENENAL  
tas del Municipi  
Prensa.**

**"LAS AGUAS DE V  
SALUBRES. NO I  
NO NI AL ALC  
Notas de Sanidad**

**"HACEN FALTA MILLONES  
PARA UN NUEVO ACUE-  
DUCTO O ARRENDAR EL  
ACTUAL. — El alcalde que  
prefiere el pueblo habanero.  
¡AH, VAMOS...!" — El pue-  
blo habanero.**

El tiempo se ha metido en agua — como suele decirse — pero sólo en el Ayuntamiento de la Habana. La cosa no es nueva. Y no es raro, porque desde hace tres años, en materia política y administrativa se vive de plagios. Todo lo que se censura de la vieja política y de la pasada administración, se repite, sin el pretexto siquiera de la originalidad.

Pudieran enumerarse las coincidencias...

En el caso concreto de la Habana lo que se hace no es imitar, sino reproducir literalmente procedimientos y obras ensayados e intentados a través de diversos períodos. Se le da poco trabajo a la imaginación. "El alcalde habanero que prefiere el pueblo habanero", como rezaban los pasquines y repetían los radios en el período electoral, prometió un amplio, un bello programa de reformas municipales. Programas... Lo que no se reduce a pocos puntos de inmediata realización, no es más que literatura. En cerca de seis meses — tiempo prudencial suficiente para juzgarlo — no ha hecho más que aumentar libras y movilizar una especie de legión extranjera en la que se prohíbe preguntar a la mayoría quiénes son y de dónde proceden. Enseñarán algunos su cédula. No basta; hay que pedirles la ficha antropométrica.

¿Para qué contar cómo se hicieron las elecciones, si todos lo saben? La Habana es una ciudad difícil. Para "el candidato habanero que prefiere el pueblo habanero" fué fácil. Circunstancias. ¿Para qué enumerarlas? Lo cierto

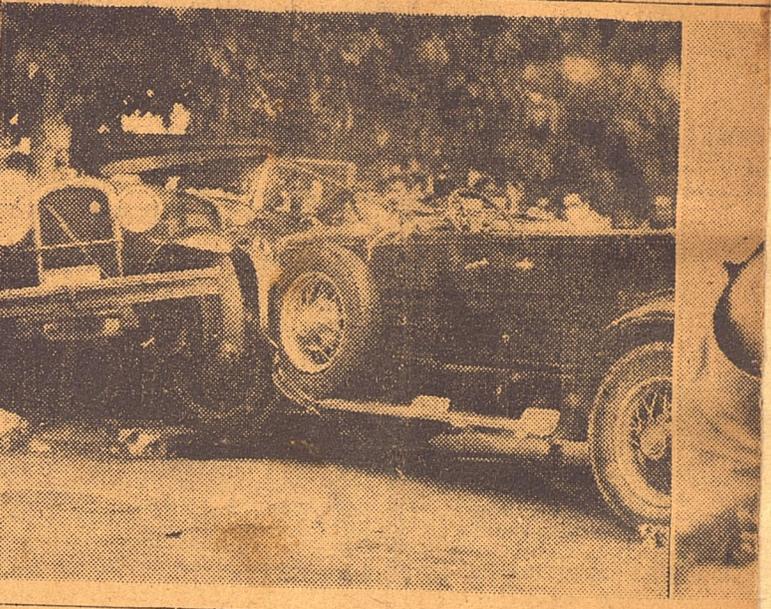
presas extranjeras disfrazadas de cubanas.

Pero, por lo pronto, en plena florescencia rectificadora, puesto que no cabe decir revolucionaria, lo importante son las ecuaciones y arbitrios de emergencia para salir de apuros, pignorando a la ligera el

escaso patrimonio del pueblo, adormecido por un sincero anhelo de paz. Y como la paz va siendo por lo visto un artículo de lujo, sus apoderados se lo cobran a muy alto precio.

El tiempo se mete en agua... de Vento.

un mo-  
te hace  
quiere  
die. Y  
haya p  
esperar  
aun co  
fritos  
nuevos  
No t  
banero  
ros".  
leguley  
tro ho  
de tie  
pulaci  
ducen  
ciones  
mister  
yente  
los h  
mo  
tienda  
cripelo  
una  
no ur  
pa de  
ha d  
y no  
me d  
order  
cide  
que  
está  
apete  
Haba  
Sic  
son  
pues  
nen  
caud  
ció  
fiere  
cand  
expe  
jas  
brig  
bra  
guer  
tarj  
go c  
teled  
dem  
cancerbero para



## amiento del Juici

en toda la isla

# is



SEGUNDA CLASE

### RIPIOS FESTIVOS

Se da por hecho cierto que antes de ayer, en horas vespertinas en esta capital, se han descubierto seis fábricas de escobas, clandestinas. Por lo visto el negocio da fortuna y en la casa, aunque chica, hay mucho que barrer, sin duda alguna pues, sólo así se explica el porqué tanta escoba se fabrica.

NIPSO.

*Part. junio 1936*

DOCUMENTAL

# Nuestro Honrado Municipio

"LAS AGUAS DE VENTO ESTAN ENVENENADAS. — Notas del Municipio para la Prensa.

"LAS AGUAS DE VENTO SON SALUBRES. NO HACEN DAÑO NI AL ALCALDE". — Notas de Sanidad.

"HACEN FALTA MILLONES PARA UN NUEVO ACUEDUCTO O ARRENDAR EL ACTUAL. — El alcalde que prefiere el pueblo habanero.

"¡AH, VAMOS...!" — El pueblo habanero.

El tiempo se ha metido en agua — como suele decirse — pero sólo en el Ayuntamiento de la Habana. La cosa no es nueva. Y no es raro, porque desde hace tres años, en materia política y administrativa se vive de plagios. Todo lo que se censura de la vieja política y de la pasada administración, se repite, sin el pretexto siquiera de la originalidad.

Pudieran enumerarse las coincidencias...

En el caso concreto de la Habana lo que se hace no es imitar, sino reproducir literalmente procedimientos y obras ensayados e intentados a través de diversos períodos. Se le da poco trabajo a la imaginación. "El alcalde habanero que prefiere el pueblo habanero", como rezaban los pasquines y repetían los radios en el período electoral, prometió un amplio, un bello programa de reformas municipales. Programas... Lo que no se reduce a pocos puntos de inmediata realización, no es más que literatura. En cerca de seis meses — tiempo prudencial suficiente para juzgarlo — no ha hecho más que aumentar libras y movilizar una especie de legión extranjera en la que se prohíbe preguntar a la mayoría quienes son y de dónde proceden. Enseñarán algunos su cédula. No basta; hay que pedirles la ficha antropométrica.

¿Para qué contar cómo se hicieron las elecciones, si todos lo saben? La Habana es una ciudad difícil. Para "el candidato habanero que prefiere el pueblo habanero" fue fácil. Circunstancias. ¿Para qué enumerarlas? Lo cierto

es que el fotogénico candidato se concretó a sonreír, seguro de que la vida es bella y de que tendría un porvenir sobre el buró. Quizás la presidencia de la República, quizás... Por lo pronto, créditos y aguas. Tiene un bill de indemnidad y gira contra él. Estamos en un momento en que Cuba permite hacerse todo sin resistencia. No quiere estropearle la fiesta a nadie. Y tiene tantas ganas de que haya paz y tal temor de que sus esperanzas se desvanezcan, que ni aun conociendo el truco de los reffritos presentados como manjares nuevos, lo rechaza.

No tiene la culpa "el alcalde habanero que prefiere los habaneros". Es la tradición papelística, leguleyeca, trapizondista de nuestro honrado municipio, donde, desde tiempo inmemorial, las manipulaciones administrativas se reducen a conllevar unas recaudaciones que se filtran por pasajes misteriosos que van del contribuyente a las arcas municipales. Si los hoteles a veces aparecen como figones, muchos edificios y tiendas no tributan y logran prescripciones sucesivas, si no existe una verdadera administración, sino un perpetuo enjuague, es culpa del sistema colonial que jamás ha desaparecido bajo la república y no de un alcalde que no presume de revolucionario más que en el orden político. En lo demás se decide por la reacción conservadora, que es la más segura cuando se está en posesión de un cargo tan apetecible como la alcaldía de la Habana.

Siete u ocho millones de pesos son la base del estimado presupuestal. Algunas repúblicas no tienen esa cifra. Doce pudieran recaudar dentro del plan que anunció "el alcalde habanero que prefiere los habaneros" cuando era candidato: un cuerpo de contables expertos, una gran parada de cajas registradoras automáticas, una brigada de inspectores arrojada sobre los contribuyentes morosos, guerra a muerte al cubano, a la tarjeta de recomendación, al ruego del prior o de la superiora, al telefonema del amigo íntimo, a la demanda del centro regional. Plan cancerbero para recaudar. Y plan

dinámico para construir y pagar.

Pero después de cerca de medio año de tanteos y sonrisas, todo ha acabado en agua. Los compromisos sociales, los compromisos políticos, los otros compromisos, le han quitado el ímpetu inicial. Y ya, como suelen todos los ejecutivos cubanos, no ve más que el lado de las recaudaciones. Y emplea el cómodo sistema de pignorar — tan cubano también — y sacrificar el futuro por pequeñas dificultades del presente.

¿Hace falta dinero? Pues a buscarlo, acuñando moneda, estableciendo impuestos, tomando fondos específicos de un capítulo para recomendar otros, vendiendo o alquilando el patrimonio público. Y después de mí, el diluvio... Nuestra historia política, administrativa y social es una perenne desarticulación. Ya, ni se hereda. No hay propiedad que llegue a los nietos. Lo corriente es que no pase de los hijos, en posesión directa e inmediata, para que no rebase una generación.

Cada gobierno, nacional o municipal, procede con el mismo criterio anárquico, individualista, de al lamento dentro del régimen o del ciclo histórico. Cada cuatro años comienza una nueva vida en Cuba. Sobre el pasado reciente se traza una raya de liquidación y al final de cada período, borrón y cuenta nueva. Resultado, que la hacienda del individuo, del Estado o del municipio, merma visiblemente en vez de progresar en razón directa de nuestra madurez republicana.

"El alcalde habanero que prefiere el pueblo habanero" ha desistido de algunos de sus buenos propósitos. No quiere cambiar el curso de la tradición municipal, que exige constancia, fatiga; él es bastante filósofo para no exigirle a la "realidad" más que lo que da espontáneamente. En lo único que persiste es en lo del agua.

Lo hace por generosidad. Los habaneros se están suicidando a conciencia. Las aguas que corren por las cañerías están envenenadas. No mueren por millares porque la intoxicación intensiva los ha saturado e inmunizado. Ya ni los análisis bacteriológicos de procedencia municipal los impresionan. Más efec-

to le hacen las intenciones del alcalde.

Lo más lógico... Pero hemos destruido la lógica desde que nos llamaron "país de viceversas". En fin, lo más razonable, cuando no se poseen otros inmuebles que el viejo palacio de los capitanes generales, unos cuartetes de bomberos y un acueducto, sería conservarlos y mejorarlos, acondicionándolos al uso a que se destinan. Municipalmente eso es absurdo. Lo mejor es alquilar el acueducto, la mayor y más segura fuente de recaudación del municipio, y pagarle una crecida suma después a la empresa arrendataria, y así el agua y el dinero tendrán mayor rotación...

Si detestar sistemáticamente de la obra ajena y del pasado no fuera un valor entendido, cabría decir que lo malo del Distrito Central no fué el Distrito, sino su jefe o el sistema establecido por él.

Una ciudad de la importancia de la Habana, con tantos y tan complejos intereses, debiera tener una organización distinta; es más, todas las poblaciones de más de 30.000 habitantes debieran organizarse en forma diferente a las pequeñas. Mayor autonomía municipal, muy bien, pero mayor concentración de municipios menores alrededor de los mayores para suministrarle recursos y posibilidades mayores también a lo grandes. La Habana, distrito autonómico, pero con más cargas y responsabilidades propias, con su lord mayor a la criolla, su burgomaestre, intenciente o como se le quisiera llamar, pero más controlado por la ciudad. Para lograrlo, tal vez fuera suficiente organizar cámaras municipales elegidas de por mitad en forma corporativa y en forma política, de manera que unos concejales representarían a los partidos, y otros a las distintas clases por designación directa. También pudiera el alcalde serlo por nombramiento de un año, como supervisor de una administración técnica e inamovible.

¿Qué compensaciones recibe el contribuyente habanero a cambio de su tributación? Las escuelas son del Estado, el servicio sanitario es del Estado, las obras públicas las

realiza el Estado, los museos son del Estado. El municipio no tiene más que unas casas de socorro, un hospital, una biblioteca bastante pobre, unas creches insuficientes, un servicio médico y de bomberos (magífico el primero, el otro en plena crisis actualmente) y una academia de música miserablemente pagada, igual que la banda, una de las mejores de América por la calidad de sus profesores, casi todos solistas y casi todos condenados a una vejez incierta, cuando una ciudad que pretende ser centro de turismo y capital además, de un país de grandes músicos, debiera presentar un conjunto envidiable que ofreciera frecuentes conciertos públicos al aire libre o en locales cerrados, y pagar espléndidamente a sus músicos.

Barrio de Tulipán con tu parquecito tan típico, caserío de Luyanó, vecindario de Peñatyer, enjambre de niños habaneros, ¿qué os da el municipio a cambio de vuestras contribuciones? ¿Será fácil que Obras Públicas y el alcalde se entendieran. Entonces cada barrio tendría un parque rodeado de altas verjas, con bancos, jardines, fuentes decorativas, kioscos de juguetes y refrescos y guardianes que atenderían al público y cuidarían los intereses del procomún. Serían cien cubanos más que hallarían trabajo, entre empleados y pequeños comerciantes. Con un poco de esfuerzo, podría quizás lograrse que cada barrio tuviera escuelas, creches, bibliotecas, museos, cuartetes, en edificios propios, contruidos gradualmente o por cooperativas, a largo plazo y pequeño interés, amortizándose con los alquileres. Así el habanero vería las armas y las iniciales de su capital en letras doradas sobre las verjas y las fachadas de parques y edificios municipales. Hoy, aparte de las taquillas de recaudación y del despacho del "alcalde habanero que prefiere el pueblo habanero", ¿dónde está la municipalidad de la Habana?

Lo único que se promete es el arrendamiento del acueducto, que hizo rico al fenecido Banco Español, y que mientras fué administrado por Obras Públicas produjo copiosas recaudaciones. Sabemos,

por desgracia, lo que son los servicios públicos en manos de compañías particulares: esperemos el reloj y la llave cuenta-gotas y el embargo o la supresión fulminante del suministro de agua al menor retraso en los pagos. Y unos dividiendos jugosos, acaparados por em-

presas extranjeras disfrazadas de cubanas.

Pero, por lo pronto, en plena florescencia rectificadora, puesto que no cabe decir revolucionaria, lo importante son las ecuaciones y arbitrios de emergencia para salir de apuros, pignorando a la ligera el

escaso patrimonio del pueblo, adormecido por un sincero anhelo de paz. Y como la paz va siendo por lo visto un artículo de lujo, sus apoderados se lo cobran a muy alto precio.

El tiempo se mete en agua... de Vento.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

País junio 1936